

Un Enfoque Bíblico a la Evaluación y la Calificación del Estudiante

Ronald W. Kirk

Agosto, 2003

En una sociedad de la que ha sido borrada casi totalmente la herencia Cristiana, virtualmente todas las áreas de la actividad humana requieren una reconsideración para establecer una sólida visión Bíblica. La evaluación y la calificación del estudiante no es un elemento de la educación que requiera el menor de los tratamientos teológicos. Las evaluaciones y las calificaciones en nuestra educación superior y en las carreras vocacionales son tan importantes que este tema debiese levantar un interés general. Para los maestros en el hogar y para aquellos educadores profesionales, el tópico es incluso vital. Considere el esfuerzo de este educador por redefinir la evaluación del estudiante sobre fundamentos Bíblicos.

¿Por Qué Hacer Exámenes y Evaluar?

En el actual clima educativo no podemos dar por sentada la cuestión de si debiésemos examinar y evaluar a los estudiantes. Primero, la labor del maestro es enseñar. La educación consiste esencialmente en pasarle contenido al estudiante, y luego sonsacar su expresión. Esa expresión prueba el aprendizaje, fijándolo en las facultades del aprendiz. Esto se corresponde con el carácter probado de la Escritura (*Rom. 5:1-5*). Por lo tanto, el examinar es fundamental al proceso educativo. Segundo, el maestro debe conocer el conocimiento y las habilidades actuales del estudiante con una asignatura y lo que queda por lograr. La expresión examinada revela brechas y límites en el aprendizaje. Las pruebas también informan al maestro en cuanto a la efectividad de su método de enseñanza. La sólida evaluación le provee al maestro claves eficientes para determinar la siguiente lección que se necesita. Un niño listo puede trabajar a rachas. Uno que esté batallando en un área dada puede necesitar trabajo de recuperación.

La siguiente razón importante para evaluar y calificar a los estudiantes es la comunicación. En el *homeschool*, donde el padre y el maestro es el mismo, puede que sea necesaria mucho menos comunicación. Sin embargo, si Mamá enseña, Papá debiese saber cómo le está yendo al pequeño Bobby. Bíblicamente hablando, el Papá tiene la responsabilidad educativa esencial. El hogar provee adecuadamente buena documentación de los verdaderos logros del niño.

Por último, el estudiante debiese conocer su propio progreso. El saber que “he realizado bien algo” es estimulante. Jesús dijo, “Bien hecho, siervo bueno y fiel.” Si no estoy haciendo las cosas bien, necesito saber que aún me queda trabajo por hacer (*Gén. 4:7*). Aquí hay una oportunidad para estimular la fe, la confianza en Dios para perseverar y hacer el mejor esfuerzo. El maestro puede animar al estudiante con la verdad de que cuando uno confía en Dios y obra por fe, Dios producirá el incremento a su debido tiempo.

Justicia y Gracia en las Calificaciones

El Apóstol Pablo dice que los Cristianos juzgarán a los ángeles. Dios, con toda certeza, capacitará el juicio correcto de los esfuerzos escolares de nuestros hijos. La calificación del estudiante es un asunto ético y espiritual, uno que requiere carácter y fe en el estudiante y también en el calificador. La *rectitud*, la *justicia*, establece el estándar Bíblico esencial. Una medida falsa es una abominación al Señor (*Deut. 25:15-16*). La justicia descansa sobre una ley justa, la cual es únicamente la Palabra de Dios. Los maestros deben ser diligentes en levantar un estándar justo en

el proceso de calificar. En esto, las madres que educan a sus hijos en el hogar, enfrentan un decidido reto moral. Las madres fieles deben resistirse a compensar a un niño que está teniendo dificultades, sino que más bien deben confiar, por fe, en el efecto misericordioso de Cristo en el niño. Aceptar la responsabilidad personal y las consecuencias de la vida es un aspecto importante en la aceptación de la Providencia de Dios.

Luego que la ley de Dios revela nuestro pecado, Jesús justifica al pecador por Su gracia. En oposición a la ley de Dios, la auto-justificación – el auto-engaño – produce únicamente legalismo que conduce a la muerte. La justicia de Dios y Su gracia *no* son opuestas, o de alguna manera antagonistas la una a la otra. La vida *de* la muerte y la fortaleza *de* la debilidad caracteriza a la obra del evangelio de Dios en las vidas de los hombres. El hombre acepta su propia debilidad, y Dios otorga Su fortaleza. Aparte de la evaluación honesta y la confesión de pecado, la gracia no puede prevalecer. Aplicadas al proceso de calificación, la justicia y la honestidad aplicadas proveen la gracia en el proceso educativo.

Tanto el maestro como los estudiantes debiesen estar animados. Aunque un estudiante pueda fallar momentáneamente, siempre debiese reinar la esperanza. En última instancia, la Providencia determina el logro en el que es fiel a través de la habilidad innata, las circunstancias, y más importante, a través de la diligencia y la fe. La persona modestamente dotada debe estar agradecida por lo que puede lograr por fe. El individuo dotado y hábil no debe descansar en logros pasados, “porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará.” El orgullo, la desesperación y la pereza son un desafío a la gracia de Dios. El logro es el fruto de la diligencia y la fe. Dios produce ese fruto a su debido tiempo, después que todo el cuidado posible del campo o huerto, por un tiempo dado, haya sido completado. Aunque ahora tropecemos, Dios otorga, como de costumbre, otra oportunidad para triunfar. Incluso un registro pobre de calificaciones en la escuela secundaria no tiene que determinar necesariamente el futuro de un joven, si solamente se arrepiente y comienza a trabajar diligentemente por fe. Un registro pobre puede servir para aguijonear a un estudiante perezoso o rebelde hacia la acción. El aprendiz, y el examinador, ambos deben confiar en Dios. Al final, la evaluación honesta representa el mejor medio hacia el éxito educativo último. No debemos inflar la importancia de las calificaciones, aumentado nuestra tentación de que nuestros estudiantes recurran al engaño y la estafa. Tampoco debiésemos inflar el logro, destruyendo así el significado de las calificaciones y retardando el crecimiento real.

Lo que Logran las Calificaciones

Las calificaciones comunican el logro del estudiante manifestado a través de varias pruebas de su habilidad y esfuerzo a lo largo del tiempo. Debido a los caprichos de la mente humana en un mundo caído, puede que las calificaciones no reflejen con precisión el logro real en algún momento en particular. Todos tendrán un mal día en alguna ocasión. Darle más importancia a las calificaciones que al progreso y al logro *en un momento dado* corrompe su verdadero valor.

Por ejemplo, usar las calificaciones como un estándar para otorgar recompensa o castigo coloca un erróneo énfasis materialista. Con un énfasis materialista estimulamos el deseo por la ganancia egoísta o la evasión de la incomodidad, lo cual puede resultar fácilmente en la estafa o cualquier otra compensación. El enfatizar una recompensa materialista socava el gozo más puro del aprendizaje y el logro fieles. Un sistema de recompensa y castigo estimula a los niños a engañar o a compensar, más bien que a aprender por fe. El uso de las calificaciones para manipular a un niño produce una conformación esclavista en contradicción a Romanos 12:2: “No os conforméis

a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” Algunas veces, el avergonzar a un niño con una calificación es apropiado. Jesús usó la vergüenza pública para alcanzar al de corazón duro. Sin embargo, la vergüenza es, en lo general, un pobre instrumento educativo.

La justicia requiere que las calificaciones indiquen un grado consistente de logro *a lo largo del tiempo*. Los atletas practican, practican y practican en preparación para el juego. Las personas que anotan los resultados registran sus estadísticas sólo debido al juego. La constante evaluación crítica desalienta al aprendiz, porque se fija únicamente en el desempeño, o al menos en su apariencia. Al aprender cualquier cosa nueva, el aprendiz probablemente se mostrará torpe e inseguro. En este momento necesita estímulo, no un escrutinio sentencioso. La justicia y la gracia requieren paciencia en la evaluación, para permitirle a Dios el tiempo para obrar en la vida del estudiante. Puede que las bajas calificaciones reflejen nada más que una falta momentánea de madurez o un desarrollo inadecuado. Por lo tanto, las calificaciones, durante el curso de la carrera de un estudiante, son de valor principalmente como mojones. La evaluación justa considera los *patrones* característicos de conducta.

Estándares para las Calificaciones

La justicia es la clave. La honestidad es el consorte necesario de la justicia. Sin embargo, la evaluación puramente *objetiva* es un mito imposible. El establecimiento de calificaciones nunca será totalmente científico u objetivo. La verdadera educación Bíblica – el discipulado – reproduce la mente, el corazón y la habilidad del maestro en el estudiante. La enseñanza es un asunto de discipulado. El discipulado depende de la individualidad educada del maestro. Jesús dijo, “Bástale al discípulo ser como su maestro.” Por lo tanto, no existe la *pretensión* de la objetividad pura en la tradición histórica de la educación Cristiana. El maestro evalúa como es debido a su estudiante.

En un enfoque Bíblico de la evaluación, el maestro (o, por razón de la consistencia, su escuela) define un conjunto de *estándares* o *principios* de evaluación. Los estándares particulares que ahora describimos reflejan una aproximación al proceso de calificar que implementé en mis escuelas hace casi veinte años. Para representar un rango de logros, nuestros estándares definen un espectro de logros. Comenzábamos con una definición para *el éxito mínimo*. Esta primera calificación exitosa – una *C* – implica, no un grado *promedio* de logro en un grupo dado, sino el éxito individual con respecto a ciertos *rudimentos mínimos* definidos por el maestro. El maestro con un diseño curricular cuidadoso puede asegurar el éxito de todos excepto el de los estudiantes más dañados, rebeldes u orgánicamente desafiados. Para el estudiante especial es crucial discernir niveles apropiados de éxito. Debíesemos entender que, incluso aquí y con pocas excepciones, cualquier puede crecer ampliando sus logros en forma de incrementos. La práctica rigurosa con un mínimo de contenido, tales como la memorización, sirve para proveer una red de seguridad para garantizar el éxito mínimo. Los estudiantes con una habilidad mayor requieren un estándar mínimo más alto: “porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (*Luc. 12:48*).

Moviéndonos hacia arriba, la *B* o una calificación superior marca un esfuerzo más *diligente*. También representa ordinariamente, debido a una labor manifiestamente más fuerte, el cumplimiento de un grado más alto de logro que el nivel básico rudimentario. Señala un progreso tangible hacia la excelencia. La calificación *B* permite una evaluación más personal y subjetiva de

logro más allá de un éxito mínimo estrechamente definido. La evaluación más subjetiva considera el esfuerzo, las circunstancias y las habilidades existentes.

La calificación **A** representa un estándar generalmente reconocida como una medida de excelencia dentro de ciertos límites. Los límites incluyen el alcance del curso, y los límites fundamentales del estudiante, incluyendo factores tales como la madurez del entendimiento, la madurez del movimiento motor, y los logros anteriores. En el sentido más general la obra de Dios define la excelencia, a la que los hombres solamente pueden aproximarse. Sin embargo, la excelencia, en cualquier nivel que nuestras limitaciones humanas permitan, debiese ser nuestro estándar. Que la excelencia de Cristo en nosotros llegue a ser el estándar personal en todas nuestras vidas.

La calificación **D** representa una falta de logro suficiente para ganar una **C** y para moverse hacia el siguiente tópico. Una calificación **D** generalmente resulta de una pobre experiencia educativa previa, una que ha fallado en establecer los fundamentos apropiados para el logro. Así, la calificación **D** puede aplicarse al estudiante que intenta el esfuerzo diligente, pero debido a malos hábitos anteriormente desarrollados o por falta de entrenamiento, todavía no es competente en las habilidades y hábitos fundamentales que respalden el éxito. Representa una condición compensatoria. La calificación **D** no condena, sino que más bien indica que se necesita el mejoramiento para el logro mínimo. El estudiante, sin embargo, trabaja por fe hacia un mejor logro. Para la calificación **D** esperamos el buen fruto del esfuerzo en el tiempo debido y por la gracia de Dios. Tal cosa requiere que el estudiante aprenda a ser transparente, a aceptar la gracia de Dios y a caminar por fe.

Una **F** implica una total falta de esfuerzo. Representa, entonces, el *fracaso* debido a la ausencia de esfuerzo. También se corresponde, de una manera menor, a la entrega del pecador a Satanás, por parte del Apóstol Pablo, y la destrucción de su carne para la salvación de su alma. Es un poco de recompensa merecida, aunque desagradable. Si un estudiante se ha ganado una **F** por su rebelión, debiese recibirla. Negar una calificación **F** ganada elimina el beneficio del posible efecto compensatorio.

Los estudiantes más jóvenes no poseen, de manera ordinaria, una fuerza de voluntad suficiente para fracasar de manera auto-consciente. En otras palabras, excepto donde los padres hayan fallado sistemáticamente en ejercer la autoridad apropiada, la intimidación de los padres debiese ser suficiente para ahorrarle al niño el fracaso. Por lo tanto, nunca he usado la **F** para los grados desde kindergarten hasta segundo. Debo reconocer que esta decisión es algo arbitraria, pero, como es a menudo el caso, *algún* punto de corte es necesario y éste es útil.

Dado que el carácter determina la calificación **F**, nos apegamos a la esperanza de la recuperación y el crecimiento. ¡El carácter puede cambiar! El maestro debe intervenir en los hábitos del estudiante, corrigiendo así el corazón del estudiante con el mandamiento de Dios. El maestro estructura la conducta del estudiante hacia el trabajo. El trabajo es apropiado gracias a la provisión de Dios. El fruto inicial anima al estudiante a confiar en Dios para hacer el esfuerzo. Una calificación **F** no es razón para la desesperación, especialmente con el estudiante más joven. Más bien debiese motivar hacia la oración y a la doble diligencia para ayudar al estudiante a vencer su pobre carácter. Los padres no debieran proteger a sus hijos del fracaso momentáneo.

Una Consideración Especial

Son dignas de notar algunas consideraciones especiales al asignar evaluaciones. Los estudiantes más capaces debiesen ser calificados según sus habilidades individuales, según estén determinadas por el maestro. Al que mucho se le da, mucho se le demanda. Al lado opuesto del espectro, allí donde un estudiante pueda ser más lento para aprender, lo contrario no es necesariamente cierto. La calificación **B** sirve para indicar la mayor diligencia del estudiante al que le cuesta aprender. Pero la calificación **A** está reservada para aquellos en que la excelencia es la realidad. De otra manera, el valor de la calificación **A** se ve inflada y se torna inútil como un estándar de excelencia. Este enfoque representa el opuesto virtual de calificar basándose en una curva, donde un estudiante brillante puede pasar sin esfuerzo debido a los logros de la multitud que le rodea. La curva normal no es justa.

Este enfoque a la calificación no es ni simple ni fácil. Requiere sabiduría, gracia y fe. Como con muchas otras áreas de responsabilidad, el calificar sobre la base de principios Bíblicos representa un reto a nuestro carácter para andar por el camino estrecho con Dios en fe. Sin embargo, este programa de calificación es eminentemente factible, y no tan difícil como uno podría esperar. Luego de tremendas inquietudes al principio de mi habilidad para calificar, descubrí que establecer un espectro de estándares de logros no era en realidad tan difícil y que mi intuición generalmente probaba tener razón. Además, como con cualquier destreza, mientras más practicas, ¡mejor llegas a ser! El definir cuidadosamente las metas del curso y tener en mente el nivel de desarrollo del estudiante será una ayuda para establecer los estándares de calificación para un curso en particular. El maestro continuamente debe preguntarse a sí mismo, “¿Qué nivel de conocimiento, destreza o habilidad de razonamiento representa el éxito, la falta de éxito o la excelencia?”

Ronald Kirk, un educador pionero con una extensa experiencia, ha aplicado el carácter, la habilidad y la sabiduría Bíblicas al entrenamiento en educación en artes liberales. Enfatizando la influencia Cristiana por medio de la empresa Cristiana (el dominio Cristiano) y el gobierno relacional (el amor y la libertad Cristiana), el enfoque de Ron le pone pies a la apologética presuposicional Van Tiliana.